

EL IMAGINARIO ÉTNICO DE LAS TIRANÍAS EN *LAS CATILINARIAS DE JUAN MONTALVO (1880-1882)**

Juan Carlos Grijalva**

Escrita en los conflictivos y despóticos años de la segunda mitad del siglo XIX en el Ecuador, *Las Catilinarías* reúne una docena de pasquines de finalidad claramente combativa. El estereotipo de su lectura, incluyendo aquel prólogo que Miguel de Unamuno le dedicó a la edición francesa, ha considerado a *Las Catilinarías* como un libro de insultos sangrantes y virulentos,¹ cuya finalidad central fue la de caricaturizar la personalidad del ex presidente Ignacio de Veintemilla, entre otros tiranos. Resulta entonces fácil de entender por qué Juan María Montalvo Fiallos (1833-1889) ha ingresado a la historia de la literatura nacional ecuatoriana bajo el exótico apelativo de “gran insultador” y combativo polemista de las tiranías de su tiempo.

El hecho es que tal estereotipo de lectura ha terminado por limitar y empobrecer la posibilidad crítica de leer esta obra de una manera diferente, a la vez que ha contribuido a situar equivocadamente la crítica de Montalvo a la tiranía, en un terreno exclusivamente personalista y moralizante. Como afirma Arturo Andrés Roig, es necesario emprender “una lectura de *Las Catilinarías*, en la que se intente descubrir todo lo eludido, a saber la base social de la ‘tiranía’ del ‘militarismo nacional’ de Urbina y Veintemilla”.²

En el presente trabajo me propongo explorar, desde una perspectiva cultural y discursiva, la manera particular en que el combate político de Montalvo adquiere, en *Las Catilinarías*, connotaciones de tipo racista. Al entender que las tiranías no solo obtienen su apoyo de los clérigos, militares y civiles corruptos, sino que también militarizan e instrumentan en sus milicias a indios, negros y “chagras”, los sectores subalternos de la cultura, Montalvo revierte todos sus prejuicios, desprecio y elitismo racial en el combate político. Montalvo, al igual que Domingo Faustino Sarmiento en Argentina, comprende que la lucha contra la “barbarie americana” si bien tiene un “hacia afuera” en su contradicción con Europa, está también sujeta a múltiples tensiones en sí misma. Las tiranías y el pueblo corrupto son ese lugar “hacia adentro” de la barbarie, opuesto por ello a la defensa del purismo del lenguaje, las letras, el respeto a las leyes, la moral católica y la ilustración. El pueblo ideal de Montalvo, pretendido fundamento de una nación libre, fue un deber ser, un pueblo soñado en los libros.

LA “BASE SOCIAL” DE LAS TIRANÍAS³

En *Las Catilinarías*, más allá de la personalidad inmoral o corrupta del tirano; más allá de la tiranía como un “desorden de pasiones”, según lo han sostenido Valdano o Carrión,⁴ Montalvo hace patente, si bien de manera poco sistemática, que se enfrenta a una forma de gobierno que tiene su “base social” en el pueblo corrupto y que usa el miedo como su principio de mando. La figura individual del tirano puede ser leída, entonces, como una representación “metonímica” de la personalidad social del mismo pueblo. Montalvo afirmará, una y otra vez, que la tiranía solo puede existir en los pueblos que la toleran.⁵ Un pueblo que se resigna a sus males humanos –siendo que la tiranía no es un mal divino–, que no levanta su voz de trueno ni su martillo contra sus tribuladores, merece su suerte. “Para tal pueblo, tal tirano” (p. 207), sentencia el ambateño. En tal sentido, si por un lado los nombres de Gabriel García Moreno, Ignacio de Veintemilla, José María Urbina o Antonio Borrero designan al cuerpo del déspota que el escritor adjetiva y sustantiva peyorativamente –el estereotipo del “gran insultador”–, por otro lado, lo que ese nombre designa y connota es la corrupción de un cuerpo social completo.

Un hombre solo... Y no ha habido opresor más acompañado y apoyado: clérigos y frailes, todos suyos (...) ¿Y los soldados? a fuerza de látigos y dinero, todos suyos (*Las Catilinarías*, p. 271).

Esta concepción social de la tiranía, que se ajusta de manera moderna a la tradición de las ideas políticas del Barón de Montesquieu, aparece nítidamente señalada en *Las Catilinarías* cuando el ambateño comenta,

Los cuerpos colectivos o potestades que gozan de independencia absoluta sin sujeción a una regla general ni a un inspector superior, son un Estado en otro Estado, y esta incrustación destruye, con la anarquía, la forma de gobierno, al paso que vuelve imposible el orden, sin el cual no hay sociedad humana. Si el jurisconsulto condecorado con la banda presidencial hubiera tenido noticia del *Espíritu de las Leyes*, no hubiera echado así por el atajo, poniendo de manifiesto de repente la sangre de su alma dormida en el miedo, no menos que su ignorancia de las leyes que mantienen y salvan las naciones (p. 292).

El llamado de Montalvo a la ilustración del pueblo, a la “regeneración” del clero, el ejército y la sociedad civil, lo que intenta cambiar es esa “base social del miedo” que da fundamento a la tiranía y corrompe *El Espíritu de las Leyes*. Por ello, desde la tribuna de las letras y la opinión pública de la imprenta, Montalvo convoca a la “virtud” del pueblo, entendida ésta como el respeto a las leyes y la consagración del individuo a la comunidad.⁶ Y dado que ese respeto a las leyes permite “el orden, sin el cual no hay sociedad humana”, las leyes representan la justificación ideológica necesaria por la cual cada clase o estamento social está obligado a cumplir con su función asignada en la producción; el traspaso de las leyes es, en una lógica de regulación económica, un atentado a los derechos y privilegios de los propietarios: una violación al sistema de propiedad privada sagrado para Montalvo.⁷

Solo dentro de esta lógica de argumentación es entendible cómo siendo Montalvo un ferviente católico se oponga de manera tan venenosa y satírica al mismo clero.⁸ Y es que el clero, o más exactamente el clero corrompido por la tiranía, llena de inmoralidad y pecado el cáliz de la Iglesia. Frente a esta “barbarie clerical”, el ambateño se erige no tanto para la destrucción de la Iglesia, sino antes bien su reforma. Los verdaderos cristianos, cree, jamás han sido verdugos de los mismos católicos. En definitiva, lo que Montalvo busca es un reencuentro de la institución religiosa con su propia doctrina, una profunda moralización de sus hombres y una alianza que una la fuerza del púlpito a la lucha contra los tiranos.⁹ Y para lograrlo, ¿quién mejor que los mismos santos primitivos, los Padres de la Iglesia, para reencontrar el camino de virtud perdido? Dice el ambateño en sus *Catilinarias*,

Padres de la Iglesia son los hombres venerables que la han sostenido con el saber y la virtud, el amor y el sacrificio, siempre, y siempre contra los tiranos de la Iglesia y de los pueblos... Sacerdote prevaricador, esbirro de sacristía que prefiere la opresión con los opresores a la libertad con los pueblos; el crimen y los vicios con los malvados, a la justicia y la pureza con los apóstoles, no es Padre de la Iglesia (p. 209).

Profundo católico creyente y a la vez, liberal militante, Montalvo parece defender una posición que podría denominarse con el nombre de “liberalismo católico”. Esto es, si bien por un lado defiende el progreso, los valores de la ilustración francesa, la separación de la Iglesia del poder del Estado, la libertad de pensamiento y de imprenta; no deja por el otro de afirmar la fe, los valores y doctrina de la religión católica, la necesidad social del clero: “...tengo al clero por parte esencial de una sociedad bien organizada: lo que pido es clero ilustrado, recto, virtuoso, útil; no ignorante, torcido, lleno de vicios, perjudicial” (pp. 8-9), afirma en su *Mercurial Eclesiástica*. En realidad, ahí donde la ilustración europea tendió a separar el ordenamiento del mundo y la sociedad, del universo de la religión –sobre todo bajo el impacto de la revolución científica de Newton, divulgada luego por Voltaire–; Montalvo sigue fundamentando las leyes, el orden social y la producción económica en Dios. Bien podemos imaginar al ambateño, hacia las últimas décadas del siglo XIX, pensando la opción de una “física bíblica”, tratando de conciliar las tres dimensiones del espacio con la Santísima Trinidad.

Además de la reforma al interior del clero corrupto, Montalvo buscará también, y de manera fundamental, la “regeneración” del ejército: fuente y sustento material de las tiranías. Situado el ambateño en un contexto epocal donde el territorio nacional ecuatoriano era todavía ambiguo y difuso o en la acepción de Benedict Anderson, era apenas una “comunidad imaginada”;¹⁰ con un aparato estatal en construcción y una escasa integración política, era lógico que el ejército se convirtiera en el efectivo garante de la soberanía del país. El ejército fue el llamado a integrar la sociedad ecuatoriana de la época por la fuerza y el que, por necesidad histórica, tenía las mejores condiciones para ejercer el poder político, si bien en tanto que institución organizada, simplemente todavía no existía. Al respecto resulta expresiva la descripción que un viajero hace de un destacamento militar en 1851,

No se podría imaginar espectáculo más extraño, más colorido, más harapiento, que un destacamento de tropas ecuatorianas en marcha. Los hombres están armados de cualquier manera, vestidos con casi todas las modas. Unos llevan fusiles, otros lanzas (...) La mitad de la banda estará cubierta por abrigos grises, la otra mitad sin ninguna clase de uniforme, tener zapatos será privilegio de unos pocos, caminar descalzo el destino de la gran mayoría.¹¹

Salta a la vista que lo que el culto y “noble espíritu” de Montalvo desprecia y a la vez teme de esas milicias que organizan los tiranos es justamente esa barbarie de hombres harapientos, descalzos, armados de cualquier manera, llevando fusiles o lanzas. Es ese “otro pueblo”, vulgar, ignorante, que según Montalvo merece el desprecio y el azote cuando es servil, el que las tiranías van a movilizar a la superficie de la vida social y que, como veremos enseguida, permite que indios, negros y “chagras” tomen la ciudad de las letras por asalto.

LA BARBARIE CULTURAL: “CHAGRAS”, NEGROS Y TIRANOS

La presencia del “otro cultural” aparece de una manera casi siempre indirecta o velada en *Las Catilinarias*. Pero es justamente esta carencia o “hiato” de una enunciación tácita y directa sobre lo étnico lo que justamente vuelve significativo el

texto de Montalvo: la manera en que los sujetos denominados “indios”, “chagras” y “negros” existen no como entidades referidas a sí mismas sino ante todo bajo el prisma de la lucha política contra los tiranos; en otras palabras, en Montalvo el combate político está “racializado”, lo étnico es un campo imaginario de la lucha política contra las tiranías.

En nuestra obra, la representación social de la identidad mestiza tiene un personaje central: el “chagra”. Para Montalvo, el chagra representa esa mezcla confusa y contradictoria de los mundos culturales, indígena y europeo, enfrentados; el “chagra”, aunque no es exactamente un indio, ya que no habla quichua sino español, tampoco forma parte de la cultura de la élite blanco-criolla. Explica Montalvo en sus *Catilinarias*,

El chagra es mayordomo rural de nacimiento: tiene mula, yegua; caballo, rara vez. El chagra dice *piti* en lugar de poco, responde *jau!*, cuando le llaman (...) no sabe el infeliz qué hacer de la cara y las manos: come con el cuchillo, hiere el pan con la cuchara, se limpia los labios con el poncho (...) El chagra-soldado, chagra-jefe combina mal las piezas de su vestido: pantalón blanco, chaleco de grana, levita verde, sombrero de copa alta ó chistera, y hasta guantes de hilo se pone el macabeo (pp. 77-78).

Al “chagra”, mestizo rural o campesino de hacienda, Montalvo lo identifica con un estado de barbarie cultural caracterizado por sus malos usos del lenguaje, su falta de costumbres y educación. En efecto, en primer lugar la barbarie del “chagra” está referida a una “barbarie de los signos”. Cuando “El chagra dice *piti* en lugar de poco, responde *jau!*, cuando le llaman”, el casticismo de Montalvo repudia este uso quichuizado de la lengua española, lo entiende como un engendro bastardo, mezcla de ignorancia y “salvajismo”. El idioma del “chagra” que Montalvo bautiza irónicamente como “quichuahispano”, para lo único que sirve es para causar la risa de don Francisco de Quevedo.¹² En tal sentido, es certero Roig cuando sostiene que el casticismo de Montalvo divorcia *lengua* y *habla*, separa como antagónicos el código o sistema formal abstracto del idioma, de los distintos usos contextuales y particulares de los hablantes nativos. Montalvo quiere defender la virginalidad del legado cultural español a través de la conservación del legado lingüístico abstracto.¹³ La imposición de esta forma de identidad lingüística revela no solo el proceso de “civilización” al que han de someterse los propios hablantes nativos, sino también la pretensión de codificar toda la vida social.

Montalvo, civilizador por la gracia del lenguaje, descarga la violencia del insulto sobre todo aquello que contradiga la ley de su gramática. Es a través del lenguaje castizo, de la pretendida conservación de su “pureza”, que Montalvo ve la manera de cuestionar la ignorancia de su tiempo, e imponer un “orden”, una norma de sujeción universal para la constitución de un pueblo virtuoso. Montalvo, en este respecto, adopta una actitud “beata” y “policial” ante el lenguaje. Su fanatismo gramatical es creencia religiosa, dogma de fe.

Me gusta la vigilancia con que algunos literatos montan la guardia en el palacio del idioma; y cuando uno de estos vigías de penetrante vista nos advierte la presencia del enemigo, soy el primero en echar el arma al brazo e ir en defensa de esta segunda religión que se llama lengua pura, lengua clásica (*Pro lingua*, p. 268).

Como sostiene Roig, el casticismo fue la ideología de los sectores terratenientes que buscaban una forma de colonizar y dominar las “hablas” del vulgo, una forma de neo-colonización interna expresada a través de la construcción de una lengua nacional. Julio Ramos, por su parte, piensa que el culto a la gramática es el culto a la ley, una manera normativa de disciplinar y racionalizar el uso popular de la lengua. Este hecho, según Ramos, propicia el necesario control sobre una oralidad popular que se pensaba –en la idea de Andrés Bello– bajo el peligro de verse fragmentada en múltiples dialectos y lenguas. La posibilidad de una “babel lingüística” posterior a la independencia, la necesidad de una integración mercantil y la misma consolidación de los estados nacionales emergentes, exigió la formación de una unidad lingüística dominante. En palabras de Julio Ramos,

La gramática no es solamente un registro del uso de la lengua, sino un aparato normativo que provee, partiendo del ejemplo de la “gente instruida” (aquellos con acceso a las letras), las leyes del *saber decir* (*Desencuentros de la modernidad en América Latina*, pp. 46-47).

En segundo lugar, la barbarie cultural del “chagra” está referida a sus malos usos, modales y costumbres. Para Montalvo, el “chagra” no sabe “qué hacer de la cara y las manos: come con el cuchillo, hiere el pan con la cuchara, se limpia los labios con el poncho”. En otros pasajes afirmará el ambateño que “la loza blanca no ha entrado todavía en el palacio del Chagra” (p. 50) o que “combina mal las piezas de su vestido: pantalón blanco, chaleco de grana, levita verde, sombrero de copa alta ó chistera, y hasta guantes de hilo se pone el macabeo” (p. 78). Tales usos, modales y costumbres, permiten percibir hasta qué grado de difusión se fueron configurando, a finales del siglo XIX, las normas y rituales de una vida “civilizada”.

En sus ataques a la deficiente urbanidad del “chagra”, Montalvo hace notoria la distancia cultural que ese grupo mestizo de pequeños propietarios en ascenso, al cual él mismo pertenecía, busca mantener y profundizar con respecto a los sectores subordinados, no-ciudadanos, sin educación ni buenas costumbres. Al contradecir los manuales de buenas maneras y

costumbres, lo que el comportamiento anómalo del “chagra” contradice es la posibilidad de regular la misma vida ciudadana, las leyes y normas de urbanidad del buen ciudadano.¹⁴

Por último, en tercer lugar, el desprecio al “chagra”, así como el dirigido a los negros e indios en general, tiene que ver con la manera cómo Montalvo demarca el orden de la cultura: adentro de ella, los que saben leer y escribir, los hombres de virtudes, de ilustración pública y moral cristiana; afuera de ese pequeño círculo, los analfabetos, los ignorantes, el vulgo insignificante, los “otros” considerados culturalmente bárbaros.¹⁵ Ésta es, sin lugar a dudas, una definición elitista de la cultura, esencialmente letrada. Y es que para Montalvo, dicha cultura letrada será la portadora de la civilización y el fundamento, en último término, de la soberanía “racional” del pueblo. De ahí que para un pueblo virtuoso e ilustrado es lógico y necesario que sea la parte sensata y racional de la sociedad, esto es, el letrado criollo, el que represente, custodie y tutele a la parte “ignorante” y analfabeta.¹⁶

Las dictaduras corruptas, sin embargo, hacen estallar en mil pedazos la segura frontera con que Montalvo delimita estos territorios. La distancia social y cultural que opone la civilización a la barbarie se pierde. Los sectores étnicos son movilizados hacia las ciudades para conformar las milicias y los batallones: ellos son la fuerza de choque y el origen del terror a las tiranías. Es, en este contexto, que la figura del “chagra” deja de ser la del individuo civil para convertirse en la del soldado, el jefe, el coronel.¹⁷ Montalvo pregunta entonces, ¿cómo un bárbaro que no sabe hablar, ni vestirse, ni comer, puede ser jefe militar? La investidura militar que convierte al “chagra” en “soldado”, “jefe”, “coronel”, es un disfraz, un absurdo y, ante todo, un peligro real, una impostura que tiene como origen la ignorancia y abusos de la tiranía.

No lejos de esta representación del “chagra”, la presencia de los negros en los singulares pasajes en que aparece, resulta ser considerada como la figura de los “bandidos”; los que ponen con sus lanzas “la vida de los ciudadanos en un hilo”; los que viven “por misericordia de Dios”, tenaces en sus fiestas de la marimba –en referencia a la población africana asentada en la zona costeña– “si la policía no da sobre ellos”; son “¡Gallinazos!” que con su música y su canto “asesinan el alma” de quien los escucha. Figura del mal y guardia protectora del tirano José María Urbina, el negro aparece en la ciudad, se hace su dueño.¹⁸ Cito *Las Catilnarias*, “Así andaban en Quito los negros de Urbina, con sus lanzas por los alrededores de la ciudad, y la vida de los ciudadanos en un hilo” (p. 143). Se ve entonces cómo la ciudad, lugar de la composición del orden ciudadano y letrado, aparece barbarizada por las milicias de lo “otro”, lo carente de razón, lo sin cultura o ley social. Paralela a la *ciudad letrada*, conceptualizada por Ángel Rama¹⁹ aparece *la ciudad de las lanzas*: Montalvo denuncia que las escuelas y los colegios sean tomados como cuarteles; las elecciones y la democracia sean burladas; el derecho de propiedad privada penda en un hilo como la vida de sus ciudadanos. Las milicias de las tiranías son, pues, el mecanismo propicio para el ascenso social de las clases bajas, y gracias a ello, una amenaza a las fronteras de la cultura letrada.

Las tiranías implican una inversión de lugares en el cosmos social: ellas son la barbarie política que gobierna la ilustración; la inmoralidad conduciendo a la virtud; los analfabetos (i.e. Ignacio de Veintemilla o José María Urbina) pretendiendo escribir una historia que solo puede estar en los libros y las letras. Una vez más, el lenguaje purista y la gramática, que no solo cumplen una función de insulto, es la vía regia que el escritor encuentra para cuestionar la barbarie política. Comenta el ambateño en *Las Catilnarias*

Ignacio no sabe sino poner su nombre, dijo un amigo íntimo suyo; y eso porque yo le enseñé a viva fuerza, matándome dos meses en grabarle esos cuatro caracteres en la memoria (...) el jefe supremo piensa que el signo de la *i* segunda es la *o*, y escribe: Ignacio de Veintemolla (p. 203).

Para Montalvo, solo el abuso disparatado del que cree “saber decir”, la corrupta violación del orden lingüístico como modelo sinónimo del orden social, y la ignorancia prepotente de las armas, pueden escribir “correctamente” el nombre del tirano: Ignacio de Veintemolla.

En definitiva, el nexo de lo étnico con lo político y específicamente con el gobierno analfabeto de las tiranías, nos lleva a pensar cómo éstos dos ámbitos al hacerse parte de la barbarie, se asimilan el uno al otro. La lucha política contra la tiranía, en este sentido, se etniza, adquiere caracteres raciales.²⁰ Este hecho, como demostraré, permite distinguir culturalmente dos tipos de tiranos.

UNA CARACTERIZACIÓN ÉTNICA DE LOS TIRANOS

En efecto, cabe preguntarse ¿cómo la cultura letrada y el racismo de Montalvo hacia los sectores étnicos cruza sus caminos, determina y modifica su relación combativa con las tiranías? Releídas las tiranías desde la diversidad étnica que Montalvo desprecia, es notoria la diferencia entre el tirano analfabeto salido del cuartel, “ladrón, glotón, traidor, ignorante, asesino, todo” (p. 92), representado en las figuras de Urbina, Borrero y Veintemilla, especialmente; y, por otro lado, el del tirano letrado, inteligente, audaz, impetuoso, católico, que se llamó Gabriel García Moreno.

A boca llena y de mil amores llamaba yo tirano a García Moreno; hay en ese adjetivo uno como título: la grandeza de la especie humana, en sombra vaga, comparece entre las maldades y los crímenes del hombre fuerte y desgraciado a quién el mundo da esa denominación. Julio César fue tirano, en cuanto se alzó con la libertad de Roma, pero ¡qué hombre! inteligencia, sabiduría, valor, todas las prendas y virtudes que endiosan al varón excelso (p. 83).

Si la tiranía es barbarie militarista que rompe el estado de convivencia humana que imponen las leyes, esa barbarie, a su vez, tiene una base cultural ambivalente: en el caso de Urbina o Veintemilla, sus figuras se asimilan al mundo social más bajo: el del indio, el chagra o el negro.²¹ Mientras que a García Moreno, el dictador letrado, se lo compara y admira “de mil amores” con Julio César o Napoleón Bonaparte.²² Resulta, entonces, que la diferenciación existente entre “analfabeto” y “letrado” se instrumentaliza políticamente. La cultura letrada de Montalvo, deslizándose al interior de la barbarie tiránica para combatirla, provoca, por un lado, formas de exclusión social, de desigualdad, a fin de cuentas de segregación racial: “Veintemilla, ignorante como un indio” (p. 112); por otro lado, Montalvo crea una identidad europea, letrada, culta. Afirma el ambateño en sus *Catilinarias*, “La tiranía de la fuerza mil veces antes que la corrupción; el despotismo del genio, no el de los vicios” (p. 151).

La figura de un “tirano letrado” resulta así de lo más interesante; es a fin de cuentas como la existencia de un “orden” barbarizado; un mundo político de lo ilegal que rebasa, al interior del mismo Estado, el orden simbólico de la ley proyectado por la Constitución. El “despotismo del genio” de García Moreno es la aceptación de la barbarie en la civilización.²³

En este sentido y si esta distinción cultural es válida, es necesario repreguntar a toda una tradición de lectura: ¿hasta dónde, efectivamente, existió una relación polémica entre el combativo Montalvo y el tirano letrado García Moreno?, ¿cuál fue el horizonte ideológico y cultural común que compartieron estos dos enemigos políticos? Comparados, estos dos “mitos” de la historia nacional ecuatoriana tuvieron profundas similitudes ideológicas: su formación francesa que coincide en algunos autores y corrientes de la época (de Maistre, el romanticismo de Lamartine); su carácter letrado (ya que García Moreno fundó cinco periódicos de efímera edición, fue escritor de poesía, articulista, autor de sinnúmero de proclamas y mensajes); su mutua lejanía del idealismo filosófico y, a la vez, profundo pensamiento católico; coinciden, además, en la percepción de algunos de los problemas más importantes de su época: necesidad de la instrucción popular, reforma de la Iglesia y el ejército, y la afirmación de los valores religiosos en el pueblo. Y en su fanatismo, ¿no ejerció Montalvo en su vigilancia policíaca del lenguaje castizo la misma violencia y fanatismo que García Moreno con la religión en el Estado?

Resulta estrecha y limitada la lectura de Montalvo como gran figura del combate político en contra de las tiranías; su crítica racista a Veintemilla y Urbina, por un lado, y de admiración y elogios al tirano García Moreno, por el otro, delatan su propia condición como escritor. Si Montalvo dijo defender al pueblo ilustrado de la corrupción de la tiranía y se abanderó en sus letras del respeto a la ley, la libertad y el orden ciudadano, por un lado, por otro lado, lo que realmente defendió fue un agudo desprecio a los sectores étnicos y populares. Montalvo vio al efectivo pueblo ecuatoriano como corrupto y bárbaro, y al fin y al cabo, terminó en defensa de una sociedad desigual, donde ni indios, chagras, negros, mujeres o el vulgo ignorante tuvieran sus mismos privilegios.

El pueblo ilustrado de Montalvo simplemente no existió en el Ecuador de aquel entonces. Este escritor ambateño, imitador de la prosa de Cervantes, conocido en su época como gran polemista y “noble espíritu”, hizo de su defensa del pueblo ecuatoriano una realidad más quijotesca que la obra literaria que quiso imitar.

NOTAS

* Agradezco a la Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador, la beca de estudios que me permitió realizar mi tesis de maestría, de la cual este artículo es una parte.

** Universidad de Pittsburgh.

1. Escribe Unamuno, “Cojí *Las Catilinarias* (...) y empecé a devorarlas. Iba desechando líneas; iba desechando literatura erudita; iba esquivando artificio retórico. Iba buscando los insultos tajantes y sangrantes. Los insultos ¡sí! los insultos; los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo”. “Prólogo”, en Juan Montalvo, *Las Catilinarias*, Libresa, Quito, 1990.

2. *El pensamiento social de Juan Montalvo*, 2a. ed., Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional, Quito, 1995, p. 32.

3. Los ex jefes del Estado ecuatoriano a los que nos referiremos cumplieron los siguientes períodos: José María Urbina, Jefe Supremo (24 de julio de 1851-17 de julio de 1852); Presidente de la República (6 de septiembre de 1852-15 de octubre 1856). Gabriel García Moreno, Presidente Interino (17 de enero-2 de abril de 1861); Presidente Constitucional (2 de abril de 1861-30 de agosto de 1865); Presidente Interino (17 de enero de 1869-16 de mayo de 1869); Presidente Constitucional (10 de agosto de 1869-5 de agosto de 1875). Antonio Borrero Cortázar, Presidente de la República (9 de diciembre de 1875-8 de septiembre de 1876). Ignacio de Veintemilla, Jefe Supremo (8 de septiembre 1876-26 de enero de 1878); Presidente de la República (21 de abril de 1878-26 de marzo de 1882); Jefe Supremo (26 de marzo de 1882-10 de enero de 1883). Véase Enrique Ayala Mora, *Resumen de historia del Ecuador*, Corporación Editora Nacional, Quito.

4. Me refiero, en concreto, a la interpretación que entiende la crítica a la tiranía en Montalvo bajo una óptica exclusivamente moral, esto es, el tirano como figura individual de males pasionales. Véase, por ejemplo, Juan Valdano, *Léxico y símbolo en Juan Montalvo. Las Catilinarias*; Colección Pendoneros No. 42, Gallo capitán, Otavalo, 1981; y también Benjamín Carrión, “Prólogo”, en *Las Catilinarias y otros textos*, Biblioteca Ayacucho, Venezuela, 1977.

5. Cito *Las Catilinarías*, “La maldad de un gobernante puede consistir en su propia naturaleza; del ejercicio de ella, los que padecen en silencio son culpables” (p. 82); “No de otro modo los pueblos de largo tiempo esclavos vienen a connaturalizarse con las inmundicias de la servidumbre, y les falta pecho para el aire fuerte de la libertad” (p. 102).

6. Como afirma Raymon Aron, “Si en la república la virtud es el amor a las leyes, la devoción a la colectividad, el patriotismo, para emplear una expresión moderna, en último análisis desemboca en cierto sentido de la igualdad. Una república es el régimen en el cual los hombres viven por y para la colectividad, en el cual se sienten ciudadanos, porque implica que son y se sienten iguales unos a otros” (p. 63).

7. La justificación de la propiedad privada por Montalvo, como afirma Roig, tiene que ver con su misma pertenencia a un “estrato social medio –que en alguna ocasión el propio Montalvo definió como ‘estado llano’– compuesto de pequeños comerciantes, pequeños agricultores propietarios y el sector artesanal de los maestros” (*El pensamiento social*, p. 100).

8. Cito algunos pasajes de *Las Catilinarías*: “Ignacio Veintemilla, quién lo creyera, tiene por rodrigones a jesuitas, descalzos y frailes de todo linaje, y con tal imprudencia e impudencia le apoyan éstos, que un grano de guisante sube al púlpito, y pronuncia oraciones personales, y fulmina, de su propia autoridad, excomuniones sobre los que tenemos la mira puesta en la salvación de la República” (p. 209); “Bien así como en las selvas cálidas pululan culebras, alacranes y toda clase de sabandijas venenosas, así los hábitos del capuchino viven y procrean esos serafinillos resplandecientes que se llaman pecados capitales” (p. 283); “¿Hijas todas de un mismo padre? volví a preguntar. Sí, señor: todas cuatro somos hijas del señor cura” (p. 306).

9. Es singular el episodio que Montalvo escribió en *Los Siete Tratados* titulado “El cura de Santa Engracia”, donde expone, a manera de breves historias, su comprensión del cura perfecto: amante del prójimo, caritativo, humilde, moderado, metódico, en fin, su figura del “sacerdote evangélico, el cura perfecto”.

10. Aunque limitado desde varios puntos de vista, el concepto de “comunidad imaginada” de Anderson, ilumina la pretensión de Montalvo de organizar un pueblo ilustrado que sea fundamento de la nación ecuatoriana. Una nación, por supuesto, de leyes y letras, pero inexistente todavía en la geografía e instituciones existentes. Véase en Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993; Oscar Oszlak, *Formación histórica del Estado en América Latina: elementos teórico-metodológicos para su estudio*, 2a. ed., Estudios Cedes, Buenos Aires, 1978.

11. Citado por Marie-Danielle Demélas e Yves Saint-Geours, *Jerusalén y Babilonia. Religión y política en el Ecuador 1780-1880*, IFEA/CEN, Quito, 1988, p. 188.

12. Afirma Montalvo en *Las Catilinarías*: “Bajos o centros son los que ellos, en su gran idioma quichuahispano, llaman *ucunchi* o *incunchina*, para eterna risa de don Francisco de Quevedo (...) lo que las hermosas españolas se ponen debajo de la saya, no tanto por abrigo, cuanto por dar realce a los miembros tentadores, no son *ucunchis* ni *incunchinas*, como los de los valientes ecuatorianos, sino bajos o centros, que son los términos castizos” (p. 245).

13. Afirma Roig que “Montalvo creía más en la lengua de los libros que en la que hablaba el pueblo” (p. 5), *El lenguaje como instrumento de dominación cultural*. Véase, también, para una relación del legado español y el culto purista del idioma, Malcolm Deas, *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombiana*, Tercer Mundo, Bogotá, 1995.

14. Para un excelente estudio sobre la función ciudadana de los manuales de urbanidad y buenas costumbres, véase Beatriz González Stephan, “Modernización y disciplinamiento. La formación del ciudadano: del espacio público y privado”, en *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, compilado por González Stephan y otros, Monte Ávila, Caracas, 1994. También, sobre el papel del “blanqueamiento racial” en la cultura ecuatoriana, Galo Ramón, “Estado plurinacional en el Ecuador”, en *Pueblos indios, Estado y derecho*, CEN/ILDIS, Quito, 1991.

15. La distinción de Montalvo entre un “adentro” y un “afuera” de la cultura es particularmente notoria en su ambigua manera de conceptualizar al pueblo. Unas veces, el “pueblo” será definido, al interior de la cultura, por su acceso a la ilustración, la educación y la moral religiosa; en otras ocasiones, el “pueblo” designará a los sectores subordinados afuera de la cultura, los sectores barbarizados, ignorantes, corruptos. La constatación histórica del pueblo ecuatoriano efectivamente existente, sordo a los aleccionamientos del escritor, llevará a Montalvo a proclamar “Entre las naciones, o digamos nacioncitas, de nuestra raza indohispana, las hay que son muy desgraciadas; como la del Ecuador, ninguna” (*Las Catilinarías*, p. 173).

16. Para un desarrollo de esta tesis, véase Javier Lasarte, “Tú no eres él. Diversidad de las representaciones del otro”, en *Esplendores y miserias del siglo XIX...*

17. Dice el ambateño en sus *Catilinarías*, “En Tungurahua uno de esos palurdos que llamamos *chagras*, disfrazado de jefe, sale un día, víspera de elecciones, y, ‘juego mochachos!’ hiere, dispersa liberales, mata a un joven distinguido” (p. 77); “El chagra llega a ser coronel, Dios misericordioso. Al que le dice ‘Mi coronel’, es capaz de darle un ojo de la cara, aun cuando sea tuerto” (p. 78).

18. Cito *Las Catilinarías*, “La ley sagrada del asilo es hollada por los cholos con gorra, por los negros: el general en jefe lo manda... contra el general en jefe no hay ley humana ni divina” (p. 130); “...el asesino (Montalvo se refiere a un negro) apagó sus blasfemias, se humilló, y clamó por su lanza. ¡A su cuartel! le dijo mi hermano, entregándosela, tómala el negro, y empezó a escoger entre nosotros con la vista a cuál despanzuraría desde luego” (p. 143).

19. En la acepción de Rama, *La ciudad letrada*, en tanto construcción simbólica de las letras, forma variadas redes y niveles de poder que solidifican y excluyen a los distintos grupos humanos dentro de un espacio social. Así, si por un lado, se legitima el orden jerarquizante de los letrados como consumidores finales de su propia producción; por el otro, esa producción se percibe segregante, imposible de ser consumida por aquellos que desconocen el complejo lenguaje de las leyes, las ordenanzas, los sermones, etc. Estos sectores marginales externos son entonces lo que la Ciudad Letrada demarca en el más allá de sí misma, en la barbarie de la Ciudad real.

20. Dice Montalvo de Veintemilla por ejemplo, “Fuera del color, todo es indio en esa fea, desmañada criatura” (*Las Catilinarías*, p. 319). “Ladrón... Traidor... Asesino... chagra desafortado tan perverso como ignorante” (p. 348).

21. “Piensa éste (Urbina) que la historia sale del lupanar, o que él la ha de hacer escribir con uno de sus capones, de sus negros?” (p. 139); “Así andaban en Quito los negros de Urbina, con sus lanzas por los alrededores de la ciudad, y la vida de los ciudadanos en un hilo” (p. 143).

22. “Dije que Ignacio Veintemilla no era ni sería jamás tirano; tiranía es ciencia sujeta a principios difíciles, y tiene modos que requieren hábil tanteo. Dar el propio nombre a varones eminentes, como Julio César en lo antiguo, Bonaparte en lo moderno; como Gabriel García Moreno, Tomás Cipriano de Mosquera entre nosotros” (p. 92).

23. Como afirma Doris Sommer para el caso de Sarmiento, la barbarie no solo dramatiza la confrontación con la civilización sino estructura una confrontación interna consigo misma. Hay una doble tensión, dentro y fuera de ésta.

BIBLIOGRAFÍA

Anderson, Benedict,

1993 *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México.

Aron, Raymond,

1970 “Charles-Louis de Secondat. Barón de Montesquieu”, en *Las etapas del pensamiento sociológico*, Siglo XXI, Buenos Aires.

- Ayala Mora, Enrique,
1995 *Resumen de historia del Ecuador*, Corporación Editora Nacional, Quito.
- Banco Central del Ecuador,
1984 *Homenaje a Montalvo en el XCV aniversario de su nacimiento, 13 de abril de 1927*, Colección de Revistas Ecuatorianas, No. IX, Quito.
- Cueva, Agustín,
1967 *Entre la ira y la esperanza (ensayos sobre la cultura nacional)*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.
- Deas, Malcolm,
1993 *Del poder y la gramática. Y otros ensayos sobre historia, política y literatura colombiana*, Tercer Mundo, Bogotá.
- Demélas, Marie-Danielle; Saint-Geours, Yves,
1988 *Jerusalén y Babilonia. Religión y política en el Ecuador 1780-1880*, Quito, IFEA/CEN.
- González Stephan, Beatriz, y otros, edit.,
1994 *Esplendores y miserias del siglo XIX. Cultura y sociedad en América Latina*, Monte Ávila, Caracas.
- Montalvo, Juan,
1948 *Obras Escogidas*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.
1970 *Los Siete Tratados*, tomo I, Casa de Montalvo, Ambato.
1977 *Las Catilinarias y otros textos*, Venezuela, Biblioteca Ayacucho. *Mercurial Eclesiástica*, Minerva, Ambato.
1990 *Las Catilinarias*, Libresa, Quito.
1990 *Las Catilinarias*, Clásicos Ariel, Quito.
- Oszlak, Oscar,
1978 *Formación histórica del Estado en América Latina: elementos teórico-metodológicos para su estudio*, 2a. ed., Estudios Cedes, Buenos Aires.
- Paladines, Carlos,
1988 *Aporte de Juan Montalvo al pensamiento liberal*, Fundación Friedrich Naumann, Quito.
- Pérez, Galo René,
1990 *Un escritor entre la gloria y las borrascas. Vida de Juan Montalvo*, Biblioteca de la Revista Cultura, No. VI, Banco Central del Ecuador, Quito.
- Ramón, Galo,
1991 "Estado plurinacional en el Ecuador", en *Pueblos indios, Estado y Derecho*, CEN/ILDIS, Quito.
- Ramos, Julio,
1989 *Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX*, Fondo de Cultura Económica, México.
- Rodó, José Enrique,
1972 *Hombres de América: Bolívar, Montalvo, Darío*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.
- Roig, Arturo Andrés,
1977 *Esquemas para una historia de la filosofía ecuatoriana*, Pontificia Universidad Católica, Quito.
1991 "El lenguaje como instrumento de dominación cultural", manuscrito.
1995 *El pensamiento social de Juan Montalvo*, 2a. ed., Universidad Andina Simón Bolívar/Corporación Editora Nacional, Quito.
- Salamea, Antonio Sacoto,
1987 *Juan Montalvo: el escritor y el estilista*, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Núcleo del Azuay, Cuenca.
- Silva, Erika,
1995 *Los mitos de la ecuatorianidad*, 2a. ed., Abya-Yala, Quito.
- Sommer, Doris,
1991 *Foundational Fictions. The national romances of Latin America*, University of California Press, Berkeley.
- Ureña, Pedro Henríquez,
1994 *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, Fondo de Cultura Económica, Santafé de Bogotá.
- Valdano, Juan,
1981 *Léxico y símbolo en Juan Montalvo. Las Catilinarias*, Colección Pendoneros, No. 42, Gallo capitán, Otavalo.